

RELIGIÓN Y PATRIA

PERIÓDICO QUINCENAL CON CENSURA ECLESIASTICA

Declarado de utilidad catequística en el Congreso Catequístico Nacional de Granada, 1926

Fundador: **JUAN ORTEA FERNÁNDEZ**

Precio de suscripción
Cada 5 números quincenales,
2 pesetas al mes

"Este precepto os doy: Amaos los unos a los otros como yo os he amado".

(Jesucristo a sus discípulos).

Dirección y Administración:
Muralla, 7- 1.º Telf. 3988
GIJÓN

EL ALMA EN PENA

I

El pueblecillo de Vegarrisueña estaba consternado; nunca habían registrado sus anales un hecho semejante: el tío Milano, el usurero que tenía entre sus garras lo mejorcito de las haciendas de sus convecinos, había aparecido asesinado a la orilla del río; una terrible puñalada, dada por la espalda, le había atravesado el corazón; y junto a él, con el arma homicida aún entre sus manos ensangrentadas, Juan Cordero, el mozo más honrado y querido del pueblo, había sido preso por la Guardia civil.

Juan Cordero estaba para casarse con la hermosa María de las Nieves.

La víspera del crimen le habían visto entrar en casa del tío Milano, de donde salió con aspecto irritado, y aún hubo quien le oyó murmurar;

—Viejo ladrón, tío canalla...

Interrogado, confesó haber ido a casa del usurero a pedirle el préstamo de una cantidad de trigo para sembrar.

Quería que le firmara un recibo del doble—dijo, y no nos convinimos.

—¿Y por eso le mataste?

Juan Cordero juntó el pulgar y el índice de su mano derecha en forma de cruz, y besándola con fuerza:

—¡Por esta, señor juez—dijo con firmeza—, le juro que yo no he matado a ese hombre! Soy yo muy buen cristiano para ello.

—Y entonces, ¿cómo explicar haber te cogido con el arma en la mano?

—Volvía yo del carrascal; me había adelantado a los demás con el ansia de ver pronto a la Nieves, con quien pienso casarme el día de la Purísima, cuando a la revuelta del río vi un hombre en el suelo. Fué a él creyendo que estaba malo; reconocí al tío Milano, que tenía una navaja clavada en la espalda; le saqué el arma, por si vivía, y en esto me cogieron y a fuerza de empujones me trajeron al pueblo.

A pesar del tono sincero del muchacho, el juez decretó la prisión de Juan Cordero, y cuando los vecinos, caritativos o curiosos, fueron a casa de María de las Nieves, creyendo hallarla

hecha un mar de lágrimas, los recibió con una carcajada histérica diciendo:

—Juan no ha matado al viejo ladrón, no; no le ha matado. Mi Juan no es un criminal, y el tío Milano saldrá de la tumba, si es preciso, a declarar quién le ha matado.

Los vecinos hulleron asustados; la pobre muchacha se había vuelto loca bajo la terrible impresión recibida.

II

Pero no fué sólo el asesinato del tío Milano y la prisión de Juan Cordero lo que conmovió en aquella temporada a los pacíficos habitantes de Vegarrisueña. Una noticia aún más sensacional recorrió el pequeño pueblo: un alma en pena había aparecido en el cementerio del pueblo, y se aseguraba que extendía sus correrías fuera de las tapias de él. Más de un vecino huyó aterrorizado al verla envuelta en su blanco sudario, y el guarda del cementerio aseguraba que todas las noches rondaba entre las sepulturas, lanzando gemidos que ponían los pelos de punta. Y llegó a tal punto el terror del vecindario, que las autoridades tomaron cartas en el asunto, y una noche, el alcalde, acompañado de los más atrevidos entre los vegarrisueños, se decidió a apostarse en el cementerio, en espera del alma en pena.

La noche señalada para la arriesgada expedición, y mientras llegaba la hora de emprenderla, el alcalde jugaba al tute con sus compañeros.

—Lo menos hasta las diez no debemos de salir—decía el alcalde—Para esa hora he pedido al sargento Pérez me mande un par de números de la Guardia civil. ¡Quién sabe si ese alma en pena se valdría de esas mañas para intentar algún robo!

Un escalofrío recorrió el cuerpo de los jugadores,

—¡A la paz de Dios, señores!—dijo una voz fuerte en la puerta, a cuyo eco dieron un salto los jugadores; pero al ver la pareja de la benemérita, el alcalde soltó una carcajada.

—Parecemos chiquillos...—dijo,

acompañando sus palabras de una enérgica interjección—. ¡Eal Caballeros, concluyamos la partida y en marcha; no hagamos esperar a las ánimas del purgatorio.

Y soltó una carcajada, a la que se unieron de mala gana sus compañeros.

III

La noche estaba desapacible; grandes nubarrones negros, arrastrados por un viento fuerte y quejumbón, dejaba a intervalos asomarse la luna, que con su luz pálida besaba las pobres tumbas, agrandando fantásticamente las largas sombras de los cipreses.

—Por si se trata de algún ladrón—dijo el alcalde en voz baja y temerosa—, es mejor ir separados; vosotros id por donde queráis; yo iré con estos bravos muchachos, y en casa del tío Pocapena nos ocultaremos.

El tío Pocapena era el guarda del cementerio. Así se hizo, y al cabo de media hora estaban los seis hombres reunidos, en compañía del guarda, en la casa de éste.

Con la luz apagada y la ventana de la casa convenientemente entornada, los vigilantes veían en su totalidad el pequeño cementerio, solitario a la sazón.

El viento cada vez era más violento, y al azotar las ramas de los árboles, lanzaba lúgubres quejidos, a los que se unía, de media en media hora, el tañido de la campana del reloj del Ayuntamiento, que parecía tocar fúnebremente.

Ya empezaba el sueño a invadir aquellas naturalezas cansadas del penoso trabajo del campo, cuando uno de los guardias dijo en voz baja:

—¡Alerta, ahí está!

Como movidos por una corriente eléctrica, los seis hombres se lanzaron a formar un grupo en que había más de retirada que de avance.

Y como si la luna quisiera ayudarles en sus investigaciones o se sintiera curiosa por ver el alma en pena, rasgando las rubes, apareció en todo su esplendor, bañando con su luz plateada el sagrado recinto; y como si la campana del reloj quisiera a su vez dar más solemnidad a aquel instante, doce campanadas, lúgubremente sonoras, llegaron en alas del viento.

Una figura blanca acababa de surgir

al parecer, de la tierra aún removida de una tumba reciente; iba envuelta en un blanco sudario, que sus brazos, de esqueleto tal vez, agitaban asemejándole a dos fantásticas alas, mientras un grito lúgubre, que parecía eco del sollozo y del rugido, llenaba el cementerio.

—Es el alma del tío Milano—dijo, castañeteando los dientes, aquel que recordaba los relatos de su madre—; ha salido de su sepultura; la he visto salir...

—Eso es lo que vamos a ver—dijo uno de los guardias, saltando por la ventana.

Y apuntando a la aparición gritó:

—¡Alto, a la Guardia civil!

Pero las almas en pena, sin duda, no conocen el respeto debido a este cuerpo benemérito, pues la aparición se inclinó de nuevo sobre la tumba lanzando un nuevo gemido, más lúgubre, más desgarrador.

—¡Cercarla y cogerla!—dijo el otro guardia—, así veremos lo que es.

El que reconociera el alma del tío Milano, hizo la señal de la cruz y se agarró al Chamorro, que también temblaba, pero arrastrados por su compañero se dirigieron formando un semicírculo alrededor de la tumba, sobre la que el alma en pena, acurrucada más bien que arrodillada, lanzaba sus lúgubres lamentos que esta vez fueron perfectamente comprendidos por los perseguidores.

—¡Sal, sal, de ahí—decía—sal y dilo, dilo; no ha sido Juan Cordero tu asesino; no, no, dilo, di quien ha sido...

De un salto prodigioso se puso en plé, y lanzándose hacia los siete hombres, agitando su largo sudario.

—¡Venid, venid!—aulló más bien que gritó—, el lo dice, no le ha matado Juan Cordero; oídle venid!...

Su mano, que parecía de hierro, cogió al que tenía más cerca y le arrastró hasta la tumba del usurero, haciéndole caer sobre ella, repitiendo:

—Oye! ¡cómo grita! ¡oye!, no ha sido Juan Cordero.

Y su mano apretaba más y más al pobre hombre que, con los cabellos erizados los ojos fuera de las órbitas, había caído de rodillas sobre la tierra removida, gritando:

—¡Perdón! suelta, suelta; yo lo confieso todo, ¡perdón!

—¡No ha sido Juan Cordero, no, no!—gritaba cada vez más furioso el alma en pena:

—¡No, no; he sido yo, ¡perdón!—gimió el desdichado Chamorro, medio muerto de terror—mientras la pareja de la Guardia civil le arrancaba de las convulsas manos que le agarrotaban.

—¡Ah! ¿Has sido tú?—dijo el alma en pena con una carcajada histérica—¿has sido tú? ¿Lo oyen ustedes? Mi Juan es inocente. ¡Guardias, llévenle a la cárcel, suelten a mi Juan!

Y lanzando otra carcajada que heló la sangre de aquellos hombres, giró sobre sí misma y cayó de bruces sobre la tumba del tío Milano.

IV

En verdad que Vegarrisueña estaba siendo teatro de sucesos bien extraordinarios; al día siguiente todos sus habitantes estaban en conmoción violentísima.

El alma en pena que traía revuelto al pueblo, no era ni más ni menos que María de las Nieves, que en los accesos de locura que padecía desde la prisión de su novio, se escapaba a altas horas de la noche, envuelta en las ropas de su cama, al cementerio, queriendo arrancar a la tumba del tío Milano el nombre de su asesino.

Y Dios, por uno de los inescrutables designios de su justicia, había conducido hasta allí al asesino que, dominado por su terror supersticioso, había confesado su crimen, ampliando después en la cárcel su declaración, y como el robo había sido el móvil del asesinato, hiriendo por la espalda al tío Milano, cuando volvía de cobrar una fuerte suma; siendo su idea arrojarlo al río, pero al ver aparecer a Juan Cordero a lo lejos, huyó, dejando el cadáver en la orilla.

Con la confesión de Chamorro, Juan Cordero fué puesto en libertad, saliendo de la cárcel casi en triunfo; pues según hemos dicho era estimado de sus convecinos, y siendo conducido entre vítores a casa de María de las Nieves, que, desde la escena de la noche anterior, estaba en cama dominada por violenta fiebre.

La dicha es uno de los mejores médicos; la pobre joven, al ver a su novio en libertad, creyó que todo había sido un mal sueño, y poco a poco fué restableciéndose y afirmándose su razón.

Y el día de la Purísima, Vegarrisueña de gala celebraba la boda del más honrado y apuesto de sus mozos con la muchacha más hermosa de la comarca. Juan Cordero y María de las Nieves, que aprecian mejor su dicha después de haberla comprado con aquella terrible y dolorosa prueba, tan cierto es que el dolor es necesario para que sepamos apreciar la felicidad.

JULIA GARCIA HERREROS

HISTORIA DE UN MENDIGO

Desde años iba diariamente a sentarse y a pedir limosna en los escalones de una de las iglesias de París, un anciano mendigo de aspecto triste y sombrío, conocido con el nombre de Jaime. Casi jamás hablaba y se limitaba a inclinar la cabeza cada vez que se le daba algo. Cuando se entreabría su andrajoso traje, veíase sobre su pecho una cruz dorada.

Un joven sacerdote, el abate Paulino, iba habitualmente a celebrar una misa en aquella iglesia y al entrar nunca se olvidaba de dar una pequeña ofrenda al pobre Jaime.

Descendiente de una noble y rica familia, el abate Paulino se había consagrado a Dios por el sacerdocio y hacía

todo el bien que le era dable a los desgraciados. El viejo Jaime le amaba en extremo, sin conocerle.

Un día observó el abate que Jaime no estaba en su lugar acostumbrado y notando que se prolongaba esta ausencia, inquieto por la suerte de su protegido, pidió las señas de su casa para ir a verle. Cierta mañana, después de celebrar la santa misa, se encaminó a la vivienda de Jaime.

Llamó a la puerta de una buhardilla situada en el sexto piso; le respondió una voz debilitada y entró.

Jaime estaba allí enfermo, tendido en cama, o mejor en un miserable jergón, con la cara pálida, con los ojos lánguidos...

—¡Ah! ¿Es usted señor abate?—dijo al buen sacerdote. Demasiado bueno es usted en venir a ver a un miserable como yo... No lo merezco.

—¿Qué dices, mi buen Jaime?—contestó el abate. ¿No sabes que el sacerdote es el amigo de los desgraciados? A más de que, añadió sonriendo, nosotros somos antiguos conocidos.

—¡Oh! señor, si usted supiera... Si me conociera, no me hablaría así... No, no me hable usted con cariño; soy un miserable, un maldito de Dios.

—¡Un maldito de Dios! ¿Y lo crees así? ¡Ah! mi pobre Jaime, no vuelvas a decirme esas cosas. Si has hecho mal, arrepentido confiéstate; Dios es la bondad misma y todo lo perdona cuando hay arrepentimiento.

—¡Oh, no! a mi no me perdonará. —Pero, ¿por qué? ¿no te arrepientes?...

—¡Sí, me arrepiento! ¡me arrepiento! —exclamó Jaime incorporándose en su lecho y abriendo azorado los ojos. ¡Si me arrepiento!... ¡Oh, sí! Me arrepiento; hace ya treinta años que me arrepiento... y sin embargo ¡soy un maldito!

Esforzose el buen sacerdote en consolarle y animarle, pero fué en vano. Un misterio terrible estaba oculto en el fondo de aquel corazón y la desesperación le impedía descubrir su crimen.

Más, al fin, vencido por la dulzura, por la bondad del abate Paulino, el infeliz Jaime se decidió, y con ahogado acento, pronunció estas palabras:

«Era yo mayordomo del castillo de una rica familia, cuando estalló la sangrienta revolución del último siglo.

Mis señores eran la bondad personificada... El señor conde, la señora condesa, sus dos hijas y su hijo... yo se lo debía todo a ellos, mi educación, mi posición, el desahogo en que vivía... ¡Cuando vino el Terror les hice traición! Estaban escondidos; yo sabía dónde; los denuncié para poseer los bienes prometidos a los denunciadores, y fueron condenados a muerte todos... todos, menos el pequeño Paulino, que era demasiado joven.»

Un grito involuntario salió del pecho del sacerdote y un sudor frío inundó su frente.

«Señor—continuó el anciano, que no advirtió la emoción del sacerdote—señor, ¡esto es horrible! Yo vi cómo los condenaban a muerte; los vi colocar

en una carreta... y ví caer las cuatro cabezas bajo el peso de la cuchilla... ¡Oh, soy un monstruo! Desde entonces no tengo paz ni reposo. Llora, ruego por ellos... Y los veo siempre allí, delante de mí... ¿Ve usted? ahora están allí, debajo de aquel lienzo.»

Y al hablar así, Jaime señalaba con temblorosa mano una cortina.

«Ese crucifijo que está a la cabecera de mi cama, era del señor conde... esta crucecita de oro que traigo puesta era la que mi señora traía siempre consigo. ¡Oh, Dios! ¡qué crimen! ¡qué horror! ¡Qué arrepentimiento!... ¡Señor abate, tenga usted piedad de mí! ¡no me rechace! ¡ruegue por el más criminal y desgraciado de los hombres!»

El sacerdote estaba de rodillas junto a la cama, pálido como un cadáver. Permaneció cerca de media hora completamente inmóvil. Después, levantándose con calma, hizo la señal de la cruz, y descubriendo la cortina que cubría la pared, vió dos retratos.

Jaime dió un grito al verlos y se dejó caer en su jergón.

El sacerdote lloraba.

«Jaime—dijo Paulino, con tembloroso acento—de parte de Dios vengo a perdonarte... Voy a confesarte.»

Y sentándose junto a la cama, confesó al anciano.

«Jaime—dijo el sacerdote al moribundo cuando la confesión hubo terminado—Dios acaba de perdonarte. Pero no es esto todo; yo también te perdono por amor de Dios. Porque tú mataste a mi padre, a mi madre y mis dos hermanas.»

Erizóronsele los cabellos a Jaime. Abrió los labios, murmuró algunos sonidos inarticulados... y se dejó caer en la cama.

El sacerdote se acercó... el mendigo estaba muerto.

La ilusión muerta

Campana del campanario del pecho, mi corazón: suena en toque funerario porque ha muerto una ilusión.

Flor de un día que nacida en un ambiente tan fuerte apenas si tuvo vida para entregarse a la muerte.

Agua movida al calor de una llama abrasadora, y que ya al primer fulgor de esa llama, se evapora.

Luz que brillante aparece con gran luminosidad y después se desvanece como una estrella fugaz.

Algo que nos entusiasma y que después densa bruma disipa, como un fantasma misterioso que se esfuma.

Una ilusión es igual que una esperanza cualquiera: soñar con un ideal, despertar de una quimera.

Algo que con tal verismo nos da sensación de cierto, y que es como un espejismo en la arena del desierto.

Un hábito de esperanza nos da al nacer, más de suerte que al deshacerse, en venganza, deja el vacío de la muerte.

Suena su toque funerario porque ha muerto una ilusión, campana del campanario de mi pecho, corazón.

Hermenegildo RODRIGUEZ

CONSIDERACIONES SOBRE LA DOCTRINA DEL EVANGELIO

Un día y otro, Jesús de Nazaret, va dejando a su paso la semilla de su palabra y las normas de vida para quienes quieran ser agradables a los ojos de Dios y merecer el premio a sus virtudes.

Señala el mal y castiga duramente a quienes así obran. Hace resaltar el bien y alaba las buenas acciones y la vida recta y honrada, lo mismo en los humildes que en los poderosos. Para los primeros tiene palabras de consuelo y de esperanza, a los segundos, les señala sus deberes para con El y para con el prójimo. Todos pueden ser agradables a Dios y todos pueden entrar en el reino de los cielos.

Los que ignoran su doctrina, recibirán de Dios, la inspiración necesaria para distinguir el mal del bien, hasta que el rayo de la fe llegue a sus almas. Los que conocen sus mandamientos y creyendo en El, no obedecen a sus mandatos ¡desgraciados! porque la misericordia de Dios, pudiera no ser suficiente para evitar el tremendo castigo a su perversidad.

Vivimos en una patria privilegiada por la mano del Todopoderoso. La fe ha llegado a nuestros corazones con las primeras caricias maternas. Las verdades eternas nos fueron inculcadas con los primeros conocimientos infantiles. La ignorancia de Cristo no puede ser alegada. Nuestra fe, nos grita constantemente las verdades inmutables por medio de la intranquilidad y la preocupación de nuestra conciencia, cuando nuestra vida no se adapta a los mandamientos sagrados de Dios.

Sin embargo, obcecados en nuestra perversidad, con los afanes de la vida, con las ambiciones y placeres, con el ansia de comodidades y de lujos, dejamos a un lado nuestros deberes religiosos y nos entregamos a la persecución de los objetivos terrenos, como si ellos fueran nuestro último fin.

Nuestra conciencia, nos acusa constantemente de nuestros pecados, y sin embargo nosotros continuamos indiferentes en apariencia, conculcando los mandatos divinos.

El pecado de inmoralidad ha llegado a tomar estado de naturaleza en las actividades humanas. La moral está padeciendo actualmente una crisis tan extraordinaria que llega a todas las esferas y no se contiene ni ante el grave pecado de escándalo. No es la inmoralidad tan censurada que

surge de las relaciones entre el hombre y la mujer, sino la inmoralidad en todos sus aspectos, la inmoralidad de los negocios, en el comercio, en el ejercicio de las distintas profesiones, en cualquier actividad humana en la cual la palabra dada, la honradez, el cumplimiento de las obligaciones, han de ser puestos a prueba. Es entonces cuando la moral padece, la inmoralidad se implanta como norma, la falsedad y la ocultación es corriente y en este camino de inmoralidad, en el que ayudan las difíciles circunstancias que vivimos, se desmoronan los principios y el escándalo produce efectos desastrosos.

Y lo más escandaloso de este ambiente inmoral en que se vive, es que se señala como ejemplo a quien imitar a las personas que por su posición social o por sus destacadas creencias religiosas o peor aún..., pero me abstengo de señalar más crudamente, son esas personas quienes realizan públicamente los negocios más inmorales, más escandalosos, burlando no solo las leyes sino ocasionando más hambre y más miseria, faltando al cumplimiento de sus obligaciones, sin preocuparles en absoluto las consecuencias que ocasionan, ni el pecado de escándalo que practican. Por eso en esta carrera desenfrenada de inmoralidad es preciso el gesto enérgico, decidido, afrontando las consecuencias de la honradez y de la moral cristiana, y dejar en manos de Dios lo que mejor le plazca, sin que tampoco nos lancemos en aventuras, confiados en la ayuda del cielo a costa de la ruina o desmoralización de los que laboran en nuestra compañía.

Estos tiempos exigen prudencia y moralidad. Atengámonos a los mandatos de Dios que son eternos y no creamos que la moral cristiana es hoy distinta de la señalada en los primeros tiempos por Jesús de Nazaret, a sus discípulos fieles.

Vivimos tiempos duros, tiempos de prueba, es cierto, pero también son tiempos en que si salimos bien de la prueba a que nos somete Dios, habremos ganado mucho en el logro del fin a que hemos venido a este mundo.

Meditemos en cada momento, las consecuencias de nuestros actos y tengamos valor para no dejarnos llevar de la corriente funoral que pretende ahogar al mundo cristiano.

«...absuelve, Señor, los delitos de tu pueblo, para que por tu benignidad seamos libres de los lazos de nuestros pecados que contrajimos por nuestra fragilidad... (De la Dominica 23ª de Pentecostés)

R.

Preparación para ingreso en la Banca privada

Estudios prácticos de Comercio

Profesor titulado y especializado en Banca

Horas: de 6 a 9

Muralla, 7-1.º

Teléfono 39-88

Gijón



R. P. Claudio García Herrero, S. J.

Se murió hace días en Santander. La enfermedad le dió ocasión de mostrar toda su fe religiosa y su gran resignación cristiana. Varios años soportó, con la paciencia de los hombres destinados por Dios para su gloria, todas las incomodidades de una penosa enfermedad con la que Dios quiso llenarle de méritos al presentarse ante su Santo Tribunal.

Se nos fué el amigo, el consejero, el que animó muchas veces esta labor de apostolado de nuestro periódico, desde hace muchos años. Con su muerte se nos va un pedazo de nuestra historia privada. Desde la infancia, conocimos sus enseñanzas, en ese colegio nuestro de la Inmacula que estos días se ha levantado entre las ruinas de una gesta heroica nacional. Mas tarde encaminó nuestros pasos, en la constitución de un hogar feliz y constantemente continuó con su valiosa ayuda orientando acertadamente nuestra labor apostólica.

Por eso se fué un pedazo de nuestra historia privada, al llevarnos Dios, para premiar sus virtudes, al sabio y religioso jesuíta, cuya sombra vigilaba constantemente nuestro caminar por el mundo.

El cielo se habrá regocijado al recibir el alma del justo.

D. E. P.

Solución al jeroglífico núm. 43, por Morán:
«Dos grandes partidas entre campeones»



Ornamentación Religiosa Artística

Talleres de Escultura, Talla y Dorado

DE

José Romero Tena e Hijo

Se construyen en maderas y decoran toda clase de **Imágenes - Altares - Retablos, Andas - Carrozas - Pasos de Semana Santa - Sagrarios** y todo lo concerniente a la decoración de Iglesias, Oratorios y Capillas.

Calle Hierros de la Ciudad, n.º 6
Junto a la Plaza de la Virgen)

VALENCIA

César A. Prieto

PINTOR

Dorado, pintura decorativa y lisa - Dibujos y presupuestos gratis.

Av. del Mollón, 2 - Tel. 3115
GIJON

Materiales de Construcción

Cementos - Depositario de los materiales "ROCALLA" - Carbones

RUPERTO RIVERO MORAN

Covadonga, 27 - Teléfono 1817 - GIJON

Arbués

Alvarez

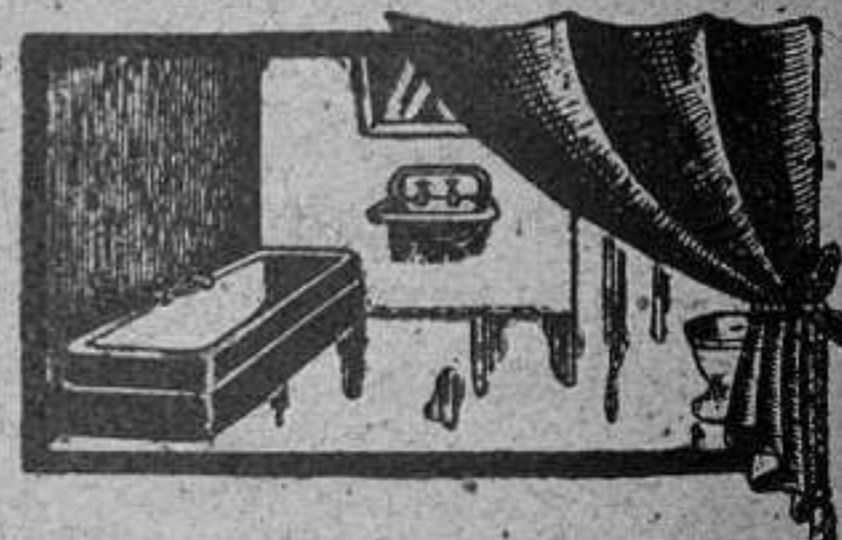
Garaya, 25

Teléf. 1230

GIJON

Materiales de
Saneamiento
y
Construcción

Cuartos de baño,
cocinas, etc.



PALACIOS LIBRERIA
RELIGIOSA

Corresponsal de Prensa
Sellos de caucho
Rótulos esmaltados

Santa Rosa, núm. 4

GIJON

ANTIGUA FUNERARIA

— DE —

Feliciano Rodríguez

Fundada en 1874

La más antigua de la provincia

Moros, 40

GIJON

Teléfono 17-20

VINOS PARA MISA

y selectos para mesa

AGUSTIN SERRANO

COSECHERO

MANZANARES

Proveedor del S. P. Vaticano

JOYERIA-PLATERIA-RELOJERIA

Vda. de Melchor Osorio

Relojes, joyas y artículos
para regalo

Moros, núm. 13 **GIJON** Teléfono 3382

ALMACENES LA SIRENA

J. A. M. S. A.

PAÑERÍA - SEDERÍA - LANERÍA
CONFECCIONES - ALGODONES

Corrida, 81

GIJON

Moros, 56

La

Caja de Ahorros de Asturias

Destina sus utilidades INTEGRAMENTE a la constitución de sólidos Fondos de Reserva, para garantía de sus Imponentes, y a obra benéfico-social, preferentemente al sostenimiento del preventorio anti-tuberculoso de altura, gratuito para cien niños asturianos.

CASA INFANTIL COVADONGA

Pola de Gordón (León)